

Clarissa
Goenawan

PÁJAROS DE LA LLUVIA

Traducido del inglés por
Susana de la Higuera Glynne-Jones

Título original: *Rainbirds*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Rainbirds © by Clarissa Goenawan, 2018
By agreement with Pontas Literary & Film Agency
© de la traducción: Susana de la Higuera
Glynne-Jones, 2018
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-085-8

Depósito legal: M. 2.904-2018

Printed in Spain

Ella se desmoronó y se convirtió en cenizas

Al principio, nada resultaba fuera de lo normal.

Yo estaba hablando por teléfono con mi hermana. Ella se encontraba sentada a su escritorio en la habitación que alquilaba en Akakawa. El sol brillaba a través de la cortina, proyectando unos reflejos castaños en su larga y oscura melena. Me hizo varias preguntas, una tras otra, pero yo solo farfullaba lacónicas respuestas, impaciente por poner fin a la conversación. Y entonces, ante mis ojos, ella se desmoronó y se convirtió en cenizas.

Desperté en el interior de un sedán negro; el sueño se habría desvanecido sin más de no ser por la urna de porcelana blanca que estaba en mi regazo. Semejaba un pequeño y cilíndrico jarrón, decorado con el dibujo de un cuco cayendo en picado y unos crisantemos. En su interior se hallaban las cenizas de mi hermana Keiko Ishida, que tan solo tenía treinta y tres años cuando murió.

Me aflojé la corbata y pregunté a Honda:

—¿Falta mucho?

Giró el volante.

—Ya casi estamos.

—¿Te importaría poner un poco de música?

—Claro que no —respondió, y le dio a un botón.

En la radio sonaba *Summertime* en la voz de Billie Holiday.

Para ser un viernes por la tarde, el viaje transcurría con tranquilidad. Era un día soleado y no había atascos a la vista. Incluso la música era relajante, de ese tipo que invita a tamborilear con los dedos al compás.

Mis manos apretaron la urna sin querer y la observé detenidamente. Honda me dirigió una mirada de soslayo antes de fijar los ojos de nuevo en la carretera.

—A Keiko le encantaba el jazz —dijo.

Asentí, sin poder hablar. La pequeña pila de cintas de cassette que conformaba su colección: ¿qué sería ahora de ella?

—Lo más curioso es que era incapaz de decir el nombre de un solo músico de jazz —prosiguió.

Carraspeé:

—No hace falta ser un entendido para apreciar el jazz.

—Bien dicho, Ishida.

A decir verdad, había sido mi hermana la primera a la que había oído esas palabras.

Incluso ahora la visualizaba sentada a su escritorio, retorciendo el cable del teléfono con una mano, con una sonrisa satisfecha mientras murmuraba: «No hace falta ser un entendido para apreciar el jazz».

No dejaba de ser extraño que esa imagen se me hubiera quedado grabada en la mente, aunque nunca hubiera visto la habitación que alquilaba; no tenía la menor idea de su aspecto.

—Ya hemos llegado —anunció Honda cuando el coche se detuvo ante la entrada del hotel Katsuragi.

—Gracias por tu ayuda con el funeral —dije.

—No hay de qué. Keiko siempre se portó muy bien conmigo. Asentí y bajé del coche, sin dejar de aferrar la urna. Ya me estaba encaminando hacia la entrada cuando oí que me llamaba.

—Ishida.

Me volví. Honda había bajado la ventanilla del copiloto.

—¿Qué vas a hacer con...? —Se rascó la nuca mirando la urna.

—Aún no lo he decidido.

—Si quieres esparcir las cenizas en el mar, se lo podemos pedir al personal del crematorio. Se encargarían de ello por un módico precio.

—No me parece buena idea —respondí—. Mi hermana le tenía miedo al agua. No sabía nadar.

Honda y mi hermana impartían clases en la misma academia preuniversitaria. Él me había buscado alojamiento.

«Tiene pocos muebles, pero es económico y habitable», había dicho, una descripción absolutamente certera. Una cama de matrimonio, un pequeño televisor, un armario y un tocador con una silla; eso era todo. El mobiliario estaba pasado de moda pero era funcional. Relativamente limpia, la habitación tenía un cuarto de baño privado y olía un poco a humedad.

Dejé la urna sobre el tocador y miré el reloj. Eran las dos y media, de modo que disponía de una hora para llegar a la comisaría. Me quité el traje y lo colgué en el respaldo de la silla. Necesitaba una ducha para quitarme el olor a incienso funerario.

Mientras deslizaba la puerta del cuarto de baño, miré el tocador. La urna permanecía ahí, en silencio.

Llegué a la comisaría, donde me topé con un joven agente solitario que atendía detrás del mostrador. No había nadie más.

Cuando le indiqué mi nombre, se levantó para abrirme la puerta del despacho.

—Acompáñeme —dijo.

Le seguí, perplejo por que fuera a dejar el mostrador desatendido. El agente me condujo por un estrecho pasillo y me invitó a entrar en una habitación a la derecha. Llamé dos veces a la puerta, respiré hondo y giré el picaporte.

—Con permiso —dije.

Un hombre de mediana edad estaba sentado detrás de un escritorio cubierto de pilas de carpetas. Le clareaba el pelo y llevaba un traje negro y raído con una camisa blanca y arrugada. Para ser agente de policía, el hombre vestía de manera un tanto descuidada.

La habitación no tenía ventanas y era más pequeña de lo que me esperaba. Quizá estuviese diseñada para que los visitantes sintieran claustrofobia. El escritorio ocupaba todo el espacio de una pared a la otra, partiendo el despacho en dos mitades. Me pregunté cómo conseguiría sentarse el agente cada mañana. ¿Trepaba por encima de la mesa o reptaba por debajo?

Me miró.

—¿Señor Ren Ishida?

—Sí.

—Por favor, tome asiento. —Me señaló dos sillas vacías delante del escritorio—. Lamento lo que le ha sucedido a la señorita Keiko Ishida. Debe de ser un momento muy difícil para su familia y para usted. —Apartó las carpetas hacia un lado y me tendió una tarjeta de visita—. Estoy al cargo del caso de la señorita Ishida. Puede llamarme Oda.

Asentí y leí la tarjeta: «HIDETOSHI ODA, INSPECTOR JEFE».

—Señor Ishida, necesito que me proporcione la mayor información posible. —Sacó una grabadora—. ¿Le parece que procedamos?

—Sí.

El inspector pulsó una tecla de la grabadora, miró su reloj y comenzó un guion muchas veces ensayado. Enunció la hora, la fecha y el lugar de la entrevista antes de presentarse a sí mismo primero y luego a mí. Confirmé mi identidad y empezó con la declaración oficial.

—Hábleme de su hermana —preguntó—. ¿Estaban muy unidos?

—Supongo que sí. Me llamaba al menos una vez por semana —respondí.

—¿Cuándo habló con ella por última vez?

—El lunes pasado.

Giró el calendario de mesa hacia mí.

—¿Eso sería el seis de junio?

—Sí.

—El seis de junio de 1994 —murmuró en la grabadora—. ¿Y de qué hablaron?

Clavé los ojos en la pared blanca a sus espaldas.

—De nada en especial, cosas corrientes.

—¿Podría ser más específico?

Me tomé un tiempo para recordar nuestra última conversación. ¿De qué habíamos hablado? Sí, claro. Hablamos de mi cita romántica.

—¿Has salido con Nae este fin de semana? —preguntó mi hermana.

—Ajá —contesté—. La cita de rigor de un sábado por la noche.

—¿Adónde fuisteis?

—A un restaurante italiano.

—¿Uno de esos sitios finos?

—Supongo que podría considerarse así.

—¿En serio? —exclamó—. No sabía que tuvieras gustos tan refinados.

—Fue idea de Nae, no mía. Lo vio en una revista de moda.

—¿Estaba bien?

Solté una risita.

—Qué va.

—¿Qué pasó?

¿Por dónde comenzar?

—El servicio era muy lento, la pasta estaba demasiado hecha y además era muy caro. Qué se puede esperar de un restaurante que recomiendan en una revista de moda.

Se rio.

—¿Estás seguro de que no tenías unas expectativas demasiado altas?

—Créeme —dije—. Era realmente malo.

—¿Y adónde fuisteis después?

Me callé.

—A ningún sitio.

—¿Qué? —alzó la voz—. ¿Eso fue todo?

—Sí —repetí—. Eso fue todo.

—¿Estás de broma?

—Yo soy así. Pareces decepcionada...

—Estoy decepcionada —dijo—. Eres muy aburrido para ser tan joven.

—No hables como si fueras una anciana. Solo me llevas nueve años. Además, ¿qué te esperabas?

—La gente de tu edad normalmente da un paseo romántico después de una cena. ¿O me estás ocultando la mejor parte?

—Siento desilusionarte otra vez, pero se fue directa a casa.

No mentía, pero aquello solo era parte de la historia. Nae y yo habíamos discutido durante la cena. Para ser sincero, yo ya estaba de mal humor. La mediocre comida del restaurante y el deficiente servicio empeoraron las cosas. De modo que cuando Nae empezó a presionarme con preguntas sobre mis planes de futuro (nuestros planes de futuro, según ella), me alteré.

—Te veo muy desesperada por casarte —dije—. ¿Acaso tienes miedo de quedarte para vestir santos?

Me di cuenta de que me había pasado cuando se levantó y agarró su bolso. Ni siquiera había tocado el plato principal.

—No pretendas que vuelva a hablar contigo hasta que no me pidas perdón —soltó antes de salir hecha una furia.

Suspiré. Nae era testaruda. Llevaría a cabo su amenaza, pero no pasaba nada. Yo necesitaba un descanso. Últimamente todas nuestras conversaciones giraban en torno al matrimonio, a pesar de que yo le había explicado que no estaba preparado. Un poco de distancia nos vendría bien.

Abandoné el restaurante poco después que ella. De camino a la estación de tren, vi un bar al otro lado de la calle. Entré y pedí una cerveza. Una mujer ocupó el asiento vacío al lado mío. Comenzamos a charlar, y yo terminé tomándome más copas de las deseables. Era lo suficientemente atractiva, aunque creo que el alcohol y la tenue luz influyeron también. Una cosa llevó a la otra y terminé en la cama con ella en su lujoso estudio.

Cuando acabamos, ella se quedó dormida y yo me di una ducha. El último tren ya había pasado, así que me quedé allí a pasar la noche. Ella seguía estando profundamente dormida cuando desperté sobre las cuatro de la mañana. Como no quería involucrarme con ella, me marché sin hacer ruido.

Por supuesto, no compartí nada de todo esto con mi hermana. Se habría puesto a preguntarme por esa mujer, y yo apenas recordaba su rostro, ya ni digamos su nombre. Habíamos hablado durante horas, pero los recuerdos se habían desvanecido. Lo único que recordaba de ella era que tenía un diminuto lunar en la nuca.

—Ren, ¿por qué estás tan callado? —preguntó mi hermana.

—Estoy cansado —mentí.

Continuó como si no me hubiese oído.

—Pero a ti te gusta la comida italiana, ¿no? Recuerdo que solías comerte hasta el último espagueti cuando yo hacía espaguetis a la boloñesa.

—Solo me gustan cuando se cocinan bien.

—Conozco un italiano muy bueno. No es tan elegante como ese al que fuiste, es solo un lugar de comida casera que lleva un matrimonio mayor. Te llevaré a comer allí cuando vengas a Akakawa. Está a las afueras, pero merece la pena ir hasta allí.

Sonreí al sentir su emoción.

—De acuerdo —asentí, y esa fue la última vez que hablamos.

—¿Hay algo que le preocupa? —preguntó el inspector.

No creía que mi vida personal tuviese relación alguna con la muerte de mi hermana.

—Hablamos de mis estudios. Nada importante.

—¿Le habló de algo que la preocupase? ¿Problemas en el trabajo o sentimentales?

Negué con la cabeza.

—No que yo recuerde.

—¿Sabe por qué vino a Akakawa? Es más provinciano que Tokio, y vivía aquí sola.

Dudé antes de contestar.

—Mis padres no se llevan bien. Mi hermana no lo soportaba. El hombre comprobó el expediente.

—Se marchó de Tokio nada más graduarse, a los veintidós años. ¿Es correcto?

—Sí.

—Así que llevaba viviendo aquí once años. —Me miró—. ¿Por qué es usted el único familiar que acudió a su funeral?

Era incapaz de resolverme a contestar. Él me miró directamente, esperando una respuesta, pero yo mantuve la boca ce-

rrada. No quería revelar demasiados detalles de nuestros problemas familiares, que debían permanecer en la intimidad y eran irrelevantes para el caso de la muerte de mi hermana. El inspector suspiró y garabateó algo en su libreta. La hoja estaba llena de apuntes escritos con una letra ilegible.

—Su hermana ¿mantenía alguna relación sentimental?

—No.

Estaba seguro de que mi hermana no mantenía una relación sentimental últimamente. No es que le pasara nada: tenía un carácter dulce, el cuerpo delgado y el aspecto de una persona con una buena educación. En pocas palabras, Keiko Ishida era el tipo de mujer que todo asalariado medio desearía tener por esposa. Durante sus años de estudio en el instituto y la universidad en Tokio, un par de tipos decentes la invitaron a salir, pero ella los rechazó a todos educadamente.

«No tiene sentido si no estoy enamorada de él», me había dicho.

«No seas una romántica empedernida», le había replicado yo. «A este paso no te vas a casar nunca.»

Ella soltó una risotada, pero, aunque nunca lo reconociese, sabía que había algo de verdad en mis palabras.

—¿Está usted seguro? —insistió el inspector, interrumpiendo mis pensamientos.

Sacó unas fotografías del cajón y las expuso sobre la mesa. Una de ellas mostraba un bolso beis, que reconocí como el de mi hermana. El bolso aparecía empapado y ensangrentado. La tela estaba rasgada y se veían profundos arañazos por todas partes. Al observarlo, debería de haberme sentido triste, pero no fue así. Estaba aturdido.

Examiné el resto de las fotografías. Ninguna fuera de lo normal. Su cartera, un pañuelo rojo, las llaves en un llavero con un conejito, unos medicamentos, una agenda y unos bolígrafos.

—Fíjese en esto. —El inspector me señaló los medicamentos. Al observarlos más de cerca, vi que eran píldoras anticonceptivas.

—Y esto. —Apartó la fotografía del pañuelo—. ¿Le evoca algo?

—Un pañuelo —respondí, sin darle mucha vuelta.

—El forense ha encontrado pestañas en él. También hemos encontrado fuertes marcas en sus muñecas, como si la hubiesen atado con una cuerda.

Noté un nudo en la garganta.

—¿La maniataron y le taparon los ojos cuando la mataron?

—Nuestra investigación sugiere que ocurrió antes del crimen. A juzgar por sus heridas, parece que ella intentó detener a su agresor con el bolso. —Frunció los labios en una mueca reflexiva durante un instante—. Siento mostrarme insensible, pero analizar la situación desde todos los ángulos posibles forma parte de mi trabajo.

Me quedé callado, a la espera de la siguiente pregunta.

—¿Es posible que la señorita Ishida estuviera involucrada en algún sindicato? ¿O en algún grupo propenso a... ciertas tendencias sexuales? —Desvió la mirada, incómodo—. Solo quiero decir que era joven, atractiva y, como usted ha dicho, no tenía ninguna relación sentimental formal.

La idea resultaba tan absurda que me contuve de echarme a reír.

—La conocía bastante bien. No se iba acostando por ahí con cualquiera.

El inspector suspiró, pero no insistió.

—¿Nunca le mencionó que le gustase alguien?

Me esforcé por recordar cualquier detalle de ese tipo a lo largo de los años de nuestras conversaciones telefónicas semanales.

—¿Quizá un exnovio? —prosiguió.

—Hubo un hombre —dije—. Hará unos cuatro años. No estoy seguro de si era su novio, pero ella me dijo que pasaba mucho tiempo con alguien.

El inspector se inclinó hacia adelante y cogió el bolígrafo.

—Dígame su nombre.

—Ella no me lo dijo, pero fue la única vez que mencionó que se veía con alguien. Unos meses más tarde, discutieron.

—¿Qué clase de discusión?

—No tengo la menor idea.

Soltó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Qué más sabe de esa persona?

—Conduce —dije—. Hicieron un par de excursiones juntos.

El inspector se rascó la barbilla.

—¿Sabe adónde fueron?

—Nunca me lo dijo.

—¿Algo más?

Me removí en la silla, incómodo. Sabía tan poco de las amistades de mi hermana, o del hombre con el que salía. Nunca me había hecho confidencias de ese tipo, pero tampoco yo le había hecho suficientes preguntas. ¿Siempre me había mostrado yo tan insensible?

—Lo siento —contesté—. Ojalá pudiese ser de más ayuda.

Apagó la grabadora.

—Si he de serle sincero, ocurre lo mismo con todas las personas con las que he hablado. Su supervisor, sus compañeros de trabajo, su casero. Nadie sabe nada de su vida privada. Debía de ser una persona muy reservada.

No, no se trataba de eso. Mi hermana se preocupaba demasiado por la gente a su alrededor; siempre era ella la que preguntaba por los demás, nunca se situaba en el centro de las conversaciones.

O quizá tuviese razón. Tal vez había sido una persona reservada y era yo el que siempre había estado equivocado. Es que ni siquiera comprendía por qué llevaba en el bolso píldoras anticonceptivas y una venda para los ojos.

—Haremos todo lo que podamos —concluyó el inspector—. Llámeme si se le ocurre cualquier cosa que pueda ayudarnos en la investigación. Cualquier detalle, por nimio que le parezca; llámeme. ¿Entendido?

Asentí vagamente. Si este era su método de investigación, jamás resolverían el caso.

—¿Tiene alguna pregunta? —dijo.

Tenía tantas que no sabía por dónde empezar. Todavía me costaba creer que hubiera muerto.

Tres días antes había recibido una llamada de la policía. Lo siguiente que recordaba era hallarme delante de su féretro. La funeraria había hecho un buen trabajo. Parecía dormida.

—Me gustaría saber qué sucedió —expliqué al inspector.

Inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Se refiere a los detalles de su muerte?

—Sí.

—Sucedió más o menos como se ha publicado en los periódicos —dijo—. La señorita Ishida caminaba sola de noche cuando fue agredida con un objeto afilado. Encontramos un cuchillo ensangrentado en el lugar del crimen, y sus heridas encajan con daños por arma blanca. El ADN hallado en el cuchillo también coincide con el suyo.

¿Era eso posible? Carraspeé.

—¿Podría ver el cuchillo?

—Es un cuchillo de cocina corriente.

Extraje otra fotografía del cajón. Tal y como había dicho, era un cuchillo común. No el que yo tenía en mente.

—¿Encontraron huellas dactilares?

—Solo las de su hermana.

—¿Es posible que el cuchillo fuera suyo? Quizá lo llevase encima en defensa propia y los agresores se lo quitaran.

Frunció los labios.

—No podemos descartar esa posibilidad, pero Akakawa es una ciudad segura. Se dan crímenes de poca monta, nada como para justificar que una mujer joven lleve consigo un cuchillo en defensa propia.

Permanecí callado. Si la ciudad fuese tan segura, mi hermana aún estaría viva.

—No faltaba nada de su bolso —continuó el inspector—. La cartera y las joyas aparecieron intactas. No da la impresión de que fuera un atraco que saliera mal. La agresión fue violenta.

Recordé una frase de uno de los artículos que había leído en un periódico: «Salvo en el rostro, la víctima apareció cubierta de fuertes puñaladas». Pero no había visto ninguna de las heridas. Cuando permanecí junto al féretro, donde yacía pálida y serena, me entraron ganas de sacudirla y gritar: «¡Despierta, ¿quieres?! ¡¿Qué estás haciendo ahí?!».

Keiko Ishida siempre había sido una persona atenta y querida. No me entraba en la cabeza que alguien la odiase hasta el punto de matarla de un modo tan atroz. ¿O estaba yo equivocado respecto a ella? Si me hubiese esforzado un poco más por comprender a mi hermana, ¿habría podido cambiar su destino?

Ya era demasiado tarde como para que importasen esas preguntas. Keiko Ishida se había sumido en un sueño irreversible. Ni siquiera un tsunami podría despertarla de su sueño eterno.